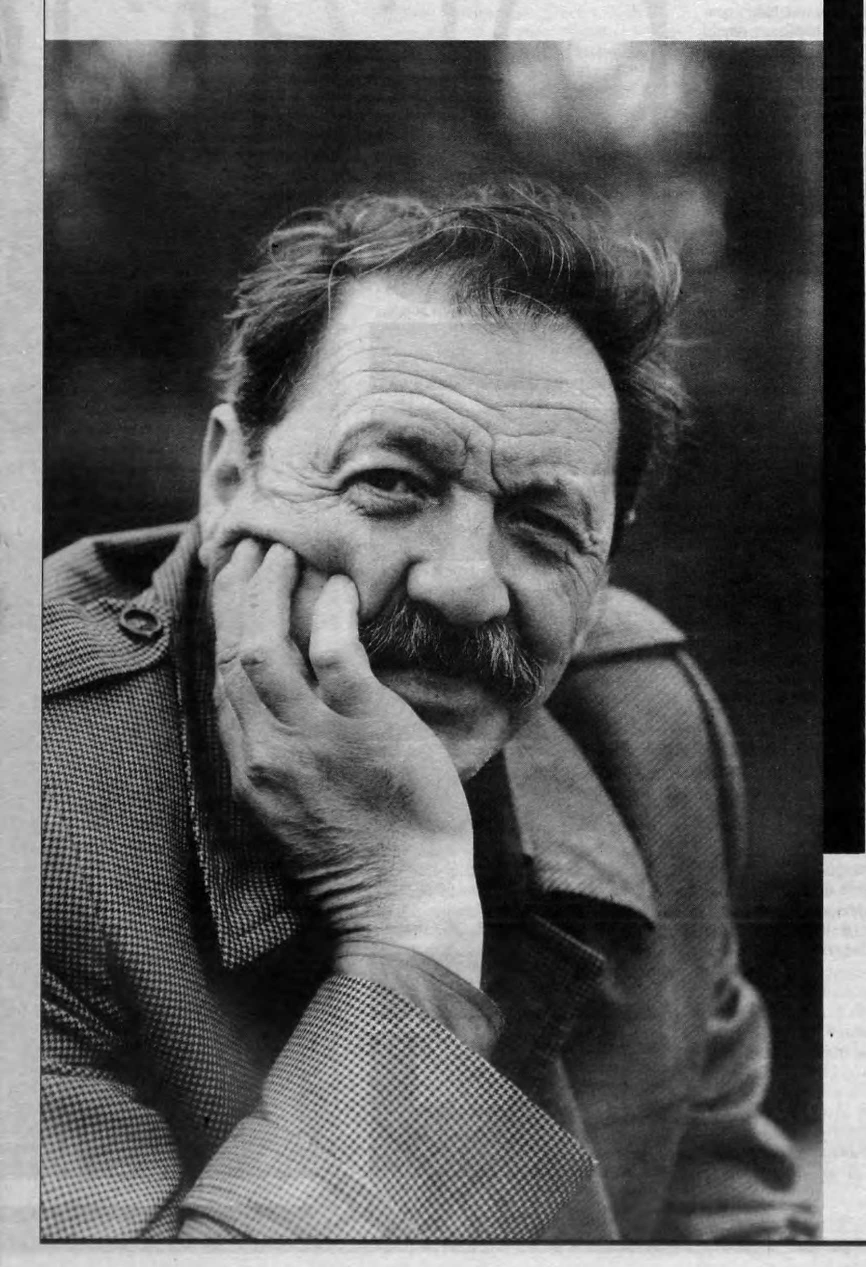
Héctor Tizón



Se me ha ocurrido agregar unas notitas acerca de esta narración. No serán deliberadas sino tomadas de mis libretas o diarios (anotaciones de cuando se me ocurrió escribirla, o cuando la iba escribiendo, o cuando la terminé de escribir). Entiendo que esto suena a descubrimiento de la pólvora. Pero, si no originales, creo que serán útiles para el lector. A mí, en todos los casos, cuando una narración me interesa, trato de averiguar cómo el autor llegó a concebirla, qué pasó mientras la iba escribiendo, lo que pasó mientras la iba escribiendo, lo que pensó luego de escribirla, etc. Un procedimiento que no suelen hacer los cocineros, que tiran a la basura los desperdicios luego de que el plato ha sido preparado. Yo creo que a veces los desperdicios son más elocuentes que el plato.

"Marzo 19, sábado. Aunque desde hace tiempo escribo con cierta regularidad, no he vuelto a anotar absolutamente nada en estos cuadernos. ¿Por qué? Cuando uno pretende anotar con alguna cotidianidad tiende a dejar constancia de tonterías. O generaliza, que es otra forma de disfrazar. Pero creo que lo que pasa es que aún no me atrevo a hacer un balance de nuestro regreso.

"Casi todo aquí –en Yala, en la ciudad, en mi trabajo– es lo mismo, como si no hubieran transcurrido estos largos años de exilio. Pero yo no soy el mismo. Y algunos de los demás tampoco. Hace poco alguien me ha dicho, me pasa una cosa extraña, no me acostumbro a que has vuelto, a que existes. Este es un buen resumen. Soy, para muchos, un hombre muerto, una leyenda aquí, y ahora un resucitado.

"Abril 16. Termino *El gallo blanco*. Este cuento, como muchos otros que he escrito, lo he llevado en la cabeza durante largo tiempo, años. Ahora está terminado y no me parece mal. En parte, para abreviar, he soslayado el discurso literario y he recurrido a una adaptación del habla de un narrador ingenuo.

"El tema de las primeras plantaciones de tabaco, que causó la destrucción de los antiguos cultivos (viñas, citrus, hortalizas), la implantación de los monopolios compradores y el nacimiento de nuevos ricos merece un trabajo más extenso. Aquí está apenas tocado, resumido. Don Antenor Prado enfrenta al monopolio naciente, inmolándose. Pero los otros, los más –con muchos de los cuales bebo whisky de vez en cuando– se han asociado a la cosa y prosperan en una relación muy hegeliana. Pronto el Gotha de esta región será sólo una guía o directorio de plantadores de tabaco. Los demás, inadaptados, morirán como don Antenor Prado."

Héctor Tizón

El gallo blanco

Por Héctor Tizón

Cuando la mujer parturienta gritó desgarradora o jubilosamente, el hombre flaco de pelo abundante y entrecano pasó por el callejón llevando un hermoso gallo blanco debajo del brazo. Del bolsillo de su pantalón asomaba una flauta. Era por agosto, festividad de San Roque, día de los perros; un día de sol luminoso y excitante.

El que llevaba el gallo era en realidad natural de Tusaquillas, de donde siendo niño había huido con su padre cuando éste, al regresar del servicio militar, halló a su pueblo bajo el poder del comisario Yurquina –hombre parco, célibe y de sombrero alón– y no tuvo más remedio que exiliarse en Yala, porque únicamente en caso de tiranía es dable cambiar de patria. Entonces huyeron sólo catorce pobladores, los demás por temor se convirtieron en mudos. Este hombre siempre fue flaco, como su padre. Había recibido la mayor parte de sus preceptos morales de la "niña" Tuna, pero otros descubrió por propia cuenta: reprobaba todos los excesos a excepción de los de la bebida, la comida y el sexo, y desde que fue azotado no habló con nadie durante años.

Don Antenor Prado, que había sido muerto a golpes años atrás, fue el padre de la mujer, su única hija, llamada Tuna, más once bastardos de vientres diferentes entre su propia servidumbre, aunque ninguno viviera jamás en la vieja casona oscura y arruinada con palmeras y hortensias y matas de zarzamoras, sino desparramados en los "puestos" de la propiedad rural, cuidando algunas vacas o chivos o simplemente sin cuidar nada; retrasados mentales algunos, gordos melancólicos que pasaban los días a la sombra echados en malolientes jergones. Fue encontrado en el fondo de una barranca, ya no sangraba, con la boca rígidamente abierta y también los ojos, descalzo, sin sus botas que jamás aparecieron y por eso la policía tuvo durante un tiempo esperanzas de dar con el, con los asesinos, por la tenencia de aquellas botas enormes y distintas de otras, que nunca aparecieron hasta ahora, en que la mujer, su única hija, acababa de dar de alaridos, las manos atadas al respaldo con figuras de rosas de la cama de hierro forjado, para evitar que se arañase la cara mojada, bañada en sudor lo mismo que sus cabellos liberados que oscurecían la almohada como un nido. Desde el patio de la casa, en angarillas, la imagen del santo transportada por su "esclavo", el más viejo de los bastardos, saldría a pisar los campos no mucho antes arrasados e incendiados y ahora ya listos para recibir la siembra cuando los cantos agudos y asexuados rasgaran la noche dando comienzo a la siembra como antes, la semilla y la tierra tibia y abierta, excitada por esos ruegos cantados, cuando los pájaros cerraban sus picos y abatían sus alas y los oscuros naranjos del traspatio de la casa donde irían a cavar el hoyo para semienterrar el gallo cesaban casi de respirar porque las ganas de la tierra estaban vivas otra vez y los hombres le pedían su calor.

Sólo una vez don Antenor Prado se alejó de la casa y de Tuna, su hija, que en aquellos días era apenas una niña. Fue cuando viajó a la ciudad para acudir al juzgado. Tiempo atrás, dos, tres años quizá, se había extraviado una gran carga de cueros curtidos despachada al sur en un vagón. Su abogado entonces le aconsejó interponer una demanda contra el ferrocarril y aquella mañana fue la primera audiencia en el juzgado de la cual sólo recordaría después un vago olor a papeles resecos, un par de moscas pertinaces posándose en turnos sobre la calva del juez –un pariente lejano–, el ronroneo de la respiración de su abogado, otro de sus parientes lejanos, que nunca dejaba de tener en la boca una pastilla de sen-sen, astuto y asmático y una jerga inalcanzable y fastidiosa. Ya instalados luego de la audiencia en un extremo del penumbroso salón del club, mientras esperaban al camarero, el abogado dijo:

–Esto es un hecho. Lo del pleito.

Don Antenor tenía los bigotes lacios y blancos y miraba a través del ventanal que daba a la calle. El abogado sacó el pequeño estuche de carey del tamaño de un relicario del bolsillo de su chaleco y se puso en la boca otra pastilla, mecánicamente.

–Será un montón de dinero, ya lo has de ver –dijo–. Los cueros no se recuperarán, pero sí el dinero. Y mucho.

–Me interesan los cueros –dijo el otro.

–No seas tonto, Antenor. Será como haberlos vendido de una sola vez y al mejor de los precios. Hoy en día el dinero es mejor que las cosas.

En eso llegó el camarero con las botellas y las copas.

–Y podrás comprarte ese automóvil... o tres automóviles... Un hermoso Ford T. Ya son cinco los que hay en la ciudad.

Ahora don Antenor lo miró, como volviendo a este momento y dijo:

–¡Qué haré yo cuando se muera!

El abogado lo observó sin entender.

–Digo, cuando ya no sirva el automóvil.

Ahora pensaba en Barrabás con su pata quebrada al pisar un hoyo, que había acabado de matar de un tiro en la cabeza. Aquel tordillo de trote corto y empinado que todos los amaneceres iba a despertarlo metiendo el hocico negro y húmedo por entre los barrotes de su ventana.

–El automóvil vivirá mucho más que nosotros –dijo el abogado sonriendo y agregó–. Primo, no seas antiguo, un caballo es sólo eso, y los caballos desaparecerán.

–No digas tonterías –dijo don Antenor Prado–. Y deja ya de mascar esas porquerías.

Aquella estada en la ciudad fue por dos días.

Mientras tanto la niña Tuna había quedado al amparo de los sirvientes y los perros en la casa junto a la loma que dominaba un llano cubierto de arboleda.

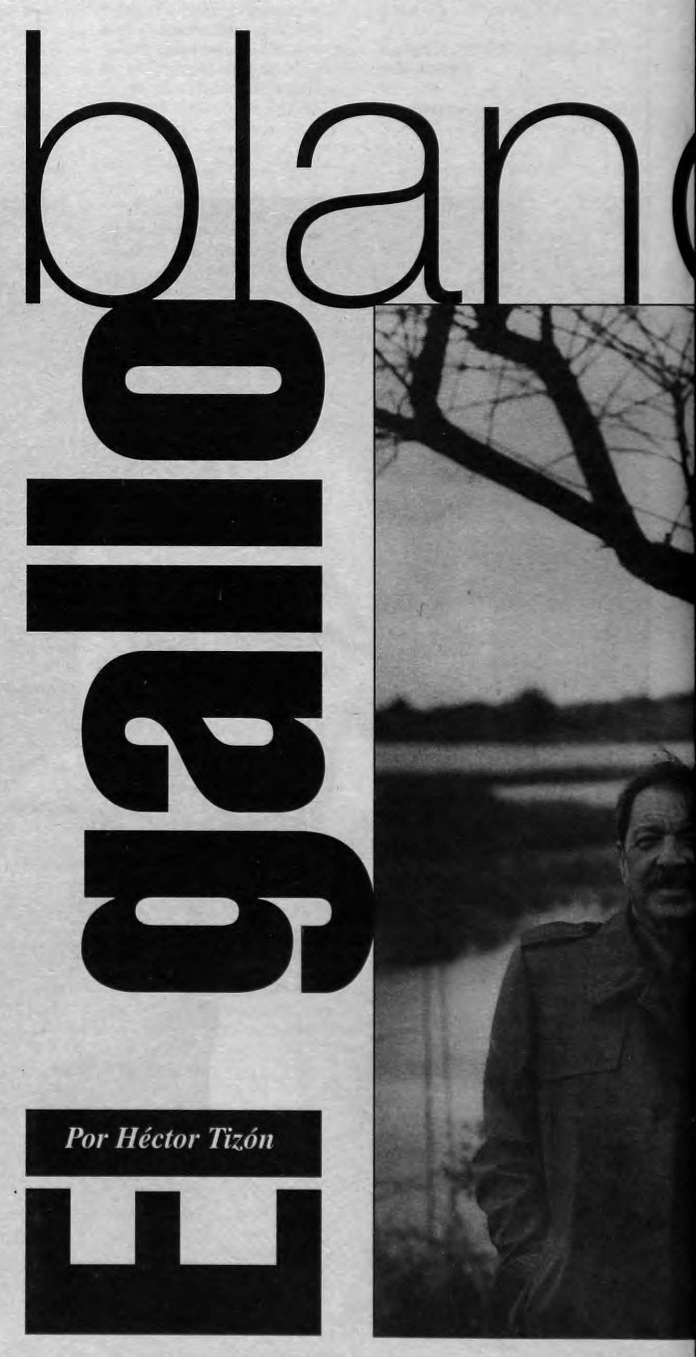
La niña nunca había ido a la escuela. Su padre pensaba: "Las mujeres aprenden o saben de por sí lo que deben saber; no necesitan de libros ni de lápices. No he conocido jamás ninguna mujer decente que leyera libros. Los libros sólo han servido para el engaño o para quitarnos lo que hemos tenido". El lo recordaba ahora en la penumbra del salón, quizá traído por la imagen del caballo y de su casa. "Tampoco a los hombres, a los verdaderos, les hace falta" –pensó–. "Antes bastaba con el fusil para defender lo de uno. Y ahora basta con tener dinero para los abogados, sí, el precio de cualquier abogado vale, cuando menos, tanto como dos caballos medianos."

–Paguemos ya, y vámonos –dijo el abogado.

Cuando él la vio en el jardín, pálida y espigándose y la volvió a observar frente al espejo de sobre la consola con sus manos posadas en el talle o en sus pechos entonces ni siquiera pequeños pero incipientes, ordenó a la criada que la envolviese con una faja que ya siempre usaría en adelante, incluso en los largos días de calor entre las lluvias. El pensaba entonces como ahora, aludiendo a los pechos de las mujeres: "Son como un hueso para los perros, ahí los tendrás encima". El sólo había tenido encuentros fugaces con las mujeres dictados por las ganas, antes y después de su viudez, y con la madre de Tuna sólo convivió el tiempo suficiente para recibirla en la casa aquella mañana de abril cuando llegó desde la ciudad a casarse, apenas conocida a pesar de un bisabuelo común, en un coche de caballos; el tiempo necesario para engendrar la hija y desde la distancia asistir a su muerte cuando un otro caballo perseguido por las avispas desbocado cayó por la barranca. Era de baja estatura, regordeta y silenciosa y aunque lo había intentado después durante mucho tiempo no pudo recordar ninguna palabra de ella, o no más de una decena, siempre las mismas y nunca la palabra no. Y sólo la recordaba cuando ella se quedaba mirando hacia los campos o a través de las cosas como suelen hacer las mujeres. Nunca un hombre entenderá a una mujer: parecen conformadas y en paz y satisfechas y de pronto rompen a llorar cuando miran a través de la ventana en los atardeceres, a lo lejos. Y ahora pensaba otra vez que ellas son como la tierra, no más que la tierra que los hombres pisan y que los acoge y disuelve en su regazo.

–Vámonos –dijo el abogado.

Era quizá diez años mayor que ella y siempre fue flaco. Su padre, que lo abandonó apenas pudo, había sido sucesivamente jornalero, ladrón por necesidad y terminó de músico, su recóndita vocación, cuando José Agripo le advirtiera que un hombre sabio debía dedicarse a una sola cosa. Aun ahora muchos recordamos a José Agripo, poeta y consultor del pueblo a quien, según la opinión más acreditada, se atribuía haber introducido en Yala el juego del sapo. Y el hombre flaco que se llamaba Berna –Bernardino, tal vez– había aprendido de ella que Dios lo veía todo desde arriba y que era como una neblina transparente. Era mozo de mano y la niña le transmitía las doctrinas que el obispo, en sus discursos semiebrios, cuando pernoctaba en la casa en gira hacia el norte de la diócesis, decía de sobremesa. Decía el obispo: la virtud de las mujeres debe ser como el fruto de los árboles que crecen en medio de los abismos: sólo debe aprovechar a Dios. Ya por entonces ella acostumbraba ir de paseo hasta el río a donde llegaba para mojarse los pies mientras el mozo permanecía a prudente distancia escuchando las chicharras y otras voces del monte en los atardeceres y allí fue violada aquel día, antes de ahora, luego de que el gallo cantó. Era el día final de mes, el de la vieja y la nueva luna, mucho después de que



De *El gallo blanco.* Se reproduce aquí por gent

El gallo blanco

Por Héctor Tizón

Cuando la mujer parturienta gritó desgarradora o jubilosamente, el hombre flaco de pelo abundante y entrecano pasó por el callejón llevando un hermoso gallo blanco debajo del brazo. Del bolsillo de su pantalón asomaba una flauta. Era por agosto, festividad de San Roque, día de los perros; un día de sol luminoso y excitante.

El que llevaba el gallo era en realidad natural de Tusaquillas, de donde siendo niño había huido con su padre cuando éste, al regresar del servicio militar, halló a su pueblo bajo el poder del comisario Yurquina –hombre parco, célibe y de sombrero alón– y no tuvo más remedio que exiliarse en Yala, porque únicamente en caso de tiranía es dable cambiar de patria. Entonces huyeron sólo catorce pobladores, los demás por temor se convirtieron en mudos. Este hombre siempre fue flaco, como su padre. Había recibido la mayor parte de sus preceptos morales de la "niña" Tuna, pero otros descubrió por propia cuenta: reprobaba todos los excesos a excepción de los de la bebida, la comida y el sexo, y desde que fue azotado no habló con nadie durante años.

Don Antenor Prado, que había sido muerto a golpes años atrás, fue el padre de la mujer, su única hija, llamada Tuna, más once bastardos de vientres diferentes entre su propia servidumbre, aunque ninguno viviera jamás en la vieja casona oscura y arruinada con palmeras y hortensias y matas de zarzamoras, sino desparramados en los "puestos" de la propiedad rural, cuidando algunas vacas o chivos o simplemente sin cuidar nada; retrasados mentales algunos, gordos melancólicos que pasaban los días a la sombra echados en malolientes jergones. Fue encontrado en el fondo de una barranca, ya no sangraba, con la boca rígidamente abierta y también los ojos, descalzo, sin sus botas que jamás aparecieron y por eso la policía tuvo durante un tiempo esperanzas de dar con el, con los asesinos, por la tenencia de aquellas botas enormes y distintas de otras, que nunca aparecieron hasta ahora, en que la mujer, su única hija, acababa de dar de alaridos, las manos atadas al respaldo con figuras de rosas de la cama de hierro forjado, para evitar que se arañase la cara mojada, bañada en sudor lo mismo que sus cabellos liberados que oscurecían la almohada como un nido. Desde el patio de la casa, en angarillas, la imagen del santo transportada por su "esclavo", el más viejo de los bastardos, saldría a pisar los campos no mucho antes arrasados e incendiados y ahora ya listos para recibir la siembra cuando los cantos agudos y asexuados rasgaran la noche dando comienzo a la siembra como antes, la semilla y la tierra tibia y abierta, excitada por esos ruegos cantados, cuando los pájaros cerraban sus picos y abatían sus alas y los oscuros naranjos del traspatio de la casa donde irían a cavar el hoyo para semienterrar el gallo cesaban casi de respirar porque las ganas de la tierra estaban vivas otra vez y los hombres le pedían su calor.

Sólo una vez don Antenor Prado se alejó de la casa y de Tuna, su hija, que en aquellos días era apenas una niña. Fue cuando viajó a la ciudad para acudir al juzgado. Tiempo atrás, dos, tres años quizá, se había extraviado una gran carga de cueros curtidos despachada al sur en un vagón. Su abogado entonces le aconsejó interponer una demanda contra el ferrocarril y aquella mañana fue la primera audiencia en el juzgado de la cual sólo recordaría después un vago olor a papeles resecos, un par de moscas pertinaces posándose en turnos sobre la calva del juez –un pariente lejano–, el ronroneo de la respiración de su abogado, otro de sus parientes lejanos, que nunca dejaba de tener en la boca una pastilla de sen-sen, astuto y asmático y una jerga inalcanzable y fastidiosa. Ya instalados luego de la audiencia en un extremo del penumbroso salón del club, mientras esperaban al camarero, el abogado dijo:

–Esto es un hecho. Lo del pleito.

Don Antenor tenía los bigotes lacios y blancos y miraba a través del ventanal que daba a la calle. El abogado sacó el pequeño estuche de carey del tamaño de un relicario del bolsillo de su chaleco y se puso en la boca otra pastilla, mecánicamente.

–Será un montón de dinero, ya lo has de ver –dijo–. Los cueros no se recuperarán, pero sí el dinero. Y mucho.

–Me interesan los cueros –dijo el otro.

–No seas tonto, Antenor. Será como haberlos vendido de una sola vez y al mejor de los precios. Hoy en día el dinero es mejor que las cosas.

En eso llegó el camarero con las botellas y las copas.

–Y podrás comprarte ese automóvil... o tres automóviles... Un hermoso Ford T. Ya son cinco los que hay en la ciudad.

Ahora don Antenor lo miró, como volviendo a este momento y dijo:

–¡Qué haré yo cuando se muera!

El abogado lo observó sin entender.

–Digo, cuando ya no sirva el automóvil.

Ahora pensaba en Barrabás con su pata quebrada al pisar un hoyo, que había acabado de matar de un tiro en la cabeza. Aquel tordillo de trote corto y empinado que todos los amaneceres iba a despertarlo metiendo el hocico negro y húmedo por entre los barrotes de su ventana.

–El automóvil vivirá mucho más que nosotros –dijo el abogado sonriendo y agregó–. Primo, no seas antiguo, un caballo es sólo eso, y los caballos desaparecerán.

–No digas tonterías –dijo don Antenor Prado–. Y deja ya de mascar esas porquerías.

Aquella estada en la ciudad fue por dos días.

Mientras tanto la niña Tuna había quedado al amparo de los sirvientes y los perros en la casa junto a la loma que dominaba un llano cubierto de arboleda.

La niña nunca había ido a la escuela. Su padre pensaba: "Las mujeres aprenden o saben de por sí lo que deben saber; no necesitan de libros ni de lápices. No he conocido jamás ninguna mujer decente que leyera libros. Los libros sólo han servido para el engaño o para quitarnos lo que hemos tenido". El lo recordaba ahora en la penumbra del salón, quizá traído por la imagen del caballo y de su casa. "Tampoco a los hombres, a los verdaderos, les hace falta" –pensó–. "Antes bastaba con el fusil para defender lo de uno. Y ahora basta con tener dinero para los abogados, sí, el precio de cualquier abogado vale, cuando menos, tanto como dos caballos medianos."

–Paguemos ya, y vámonos –dijo el abogado.

Cuando él la vio en el jardín, pálida y espigándose y la volvió a observar frente al espejo de sobre la consola con sus manos posadas en el talle o en sus pechos entonces ni siquiera pequeños pero incipientes, ordenó a la criada que la envolviese con una faja que ya siempre usaría en adelante, incluso en los largos días de calor entre las lluvias. El pensaba entonces como ahora, aludiendo a los pechos de las mujeres: "Son como un hueso para los perros, ahí los tendrás encima". El sólo había tenido encuentros fugaces con las mujeres dictados por las ganas, antes y después de su viudez, y con la madre de Tuna sólo convivió el tiempo suficiente para recibirla en la casa aquella mañana de abril cuando llegó desde la ciudad a casarse, apenas conocida a pesar de un bisabuelo común, en un coche de caballos; el tiempo necesario para engendrar la hija y desde la distancia asistir a su muerte cuando un otro caballo perseguido por las avispas desbocado cayó por la barranca. Era de baja estatura, regordeta y silenciosa y aunque lo había intentado después durante mucho tiempo no pudo recordar ninguna palabra de ella, o no más de una decena, siempre las mismas y nunca la palabra no. Y sólo la recordaba cuando ella se quedaba mirando hacia los campos o a través de las cosas como suelen hacer las mujeres. Nunca un hombre entenderá a una mujer: parecen conformadas y en paz y satisfechas y de pronto rompen a llorar cuando miran a través de la ventana en los atardeceres, a lo lejos. Y ahora pensaba otra vez que ellas son como la tierra, no más que la tierra que los hombres pisan y que los acoge y disuelve en su regazo.

–Vámonos –dijo el abogado.

Era quizá diez años mayor que ella y siempre fue flaco. Su padre, que lo abandonó apenas pudo, había sido sucesivamente jornalero, ladrón por necesidad y terminó de músico, su recóndita vocación, cuando José Agripo le advirtiera que un hombre sabio debía dedicarse a una sola cosa. Aun ahora muchos recordamos a José Agripo, poeta y consultor del pueblo a quien, según la opinión más acreditada, se atribuía haber introducido en Yala el juego del sapo. Y el hombre flaco que se llamaba Berna –Bernardino, tal vez– había aprendido de ella que Dios lo veía todo desde arriba y que era como una neblina transparente. Era mozo de mano y la niña le transmitía las doctrinas que el obispo, en sus discursos semiebrios, cuando pernoctaba en la casa en gira hacia el norte de la diócesis, decía de sobremesa. Decía el obispo: la virtud de las mujeres debe ser como el fruto de los árboles que crecen en medio de los abismos: sólo debe aprovechar a Dios. Ya por entonces ella acostumbraba ir de paseo hasta el río a donde llegaba para mojarse los pies mientras el mozo permanecía a prudente distancia escuchando las chicharras y otras voces del monte en los atardeceres y allí fue violada aquel día, antes de ahora, luego de que el gallo cantó. Era el día final de mes, el de la vieja y la nueva luna, mucho después de que el padre fuera encontrado muerto a golpes, sin sus botas.

Puesto que nadie nace aquí desde hace varios años, todos hemos conocido a todos los que aquí viven desde entonces. Don Antenor quizá no quería al mozo de mano ni podía deshacerse de él. Le entregaba la botella con estricnina para los zorros y él, ya un hombre, se cuidaba de tocarla con los dedos envolviéndola con un trozo de papel o con una hoja de morera o cualquier otra tan grande como su mano. El patrón lo veía salir con la botella asida camino de las supuestas madrigueras y sonreía pensando que alguna vez iba seguramente a descuidarse y entonces lo encontrarían rígido y seco como un palo. Don Antenor lo veía partir, igual que veía partir a los arrenderos y peones al amanecer hacia los campos, los mismos, aunque no los mismos hombres sino sus hijos y aun sus nietos, de aquellos a quienes se repartía en un comienzo a razón de dos sementeras de maíz por cabeza de familia y también un par de novillos de la hacienda aunque sólo por tres años, con cargo de amansamiento, dádivas forzosas o simplemente ancestrales para hacer que esa gente huyera de los vicios y del mal vivir. En realidad don Antenor no hallaba en su memoria otras diferencias entre él y su padre y su abuelo salvo tal vez que él estaba más rico y menos feliz o no feliz aunque en realidad nunca supo si los otros lo fueron.

Así era. Sólo una vez el mozo fue azotado. Cuando unos chivos diezmaron las hortensias del callejón, caía el látigo una y otra vez, él lo miraba sin protegerse apenas de pie hasta que estuvo en el suelo y desde allí siguió mirándolo aunque sangraba por debajo de la camisa de un color percudido por el sudor y los solazos. Fue la única vez. Al día siguiente amanecieron tres de los chivos destrozados en el fondo del precipicio.

Ella está por parir, encomendada a la imagen de la virgen pintada en colores decididos sobre una hoja de lata que cuelga de una pared del cuarto. Le han atado las manos con unos cordeles para evitar que con las uñas se lastime la cara y el vientre, semiinconsciente por este dolor asombroso. La habitación está oscurecida para ahuyentar las moscas. Por su memoria desfilan momentos, imágenes junto a voces aisladas, y el padre, siempre a contraluz, su perfil con el sombrero puesto cuando se reunían a la hora del almuerzo o de la cena en el comedor vacío y lúgubre y él repetía aquellas palabras, ahora, en estos dolores una y otra vez. Sabe que el santo, en angarillas, está a punto de partir –o ya ha salido– a transitar por los campos vecinos a la casa y la gente por detrás, algunos descalzos para mejor sentir los terrones húmedos y tibios.

El padre que, sentado a la mesa, se quitaba el sombrero para dejarlo siempre en el suelo junto a su silla, diciendo: "¿Ya esta tierra para qué sirve? Lo que sale de esta tierra cada vez vale menos. Era mejor que te hubieras metido a monja. Fea y sin madre", dijo una vez. Y después: "Unos se van sin decir nada y otros vienen y no les entendemos. La sangre ya es como el agua".

"La tierra es suya, padre."

"¿De qué sirve? Son las ciudades las que prosperan. La tierra está llena de muertos y los muertos matan a los vivos."

"Papaíto, no reniegue y encomiéndese a Dios."

Su perfil contra el halo del quinqué era como el de un árbol. Fue la última vez que ella lo miró de ese modo. No había llegado jamás a conocerlo.

"Dios tiene preferencia por algunas cosas que ha hecho", dijo.

El abogado, su pariente, mucho tiempo después de ganar aquel pleito había muerto atropellado por un automóvil, al salir de un burdel. Tales son en provincia los destinos. Nunca habían sido demasiado amigos, pero a don Antenor se le dio por tener a ese accidente como una señal o como un augurio para el mundo y desde entonces se encerró en su casa y nunca más puso los pies en la ciudad. Despierto antes del alba –cuando también ella, tantas veces, despierta, al escuchar al amanecer el canto de los gallos había sentido no pena pero sí ganas de llorar sin saber por qué– salía por los campos a caballo y regresaba con el sol en la cabeza. Sus siestas eran largas y silenciosas inducidas por el vino y también los prolegómenos de sus noches, un vino oscuro y virulento macerado en sus propios toneles. Y el vino le traía consuelo, como si fuese un fugaz sustituto de la acción, como el fuego, recuerdo de los sueños que el hombre puede provocar. Jamás compró el automóvil, y mucho menos después de la muerte del abogado. Metió todo el dinero ganado en el pleito en una caja de metal que guardaba debajo de las tablas bajo su cama, sabiendo que estaba allí, como sabía que su alma estaba dentro de él sin usar y eso le bastaba. Y desde aquellos días su abulia y sus rígidos principios corriendo parejos aumentaban. Fue también cuando, en un ademán insólito, mandó hacer aquellas

"La niña nunca había ido a la escuela. Su padre pensaba: "Las mujeres aprenden o saben de por sí lo que deben saber; no necesitan de libros ni de lápices. No he conocido jamás ninguna mujer decente que leyera libros"."

botas que recordaba haber visto en la estampa de un diario en la ciudad.

Tal vez nadie lo haya muerto. Quizá fue que se cayó del caballo y que la bestia se asustó y le dio de coces o que una piedra al fondo de la barranca le rompió el cráneo. De cualquier manera lo hallaron descalzo porque alguien se llevó aquellas botas, como la túnica de Cristo, y han de estar aún por aquí, tal vez ocultas, enterradas si es que no fueron quemadas, ya que nadie pudo haberlas usado sin que los demás lo supiéramos. Y de este modo a poco el recuerdo de esas botas casi desalojó al de su dueño.

La procesión ha regresado con el santo a cuestas y hombres y mujeres afuera, pasan erguidos o apenas encorvados debajo del tabernáculo en angarillas; ella escucha los sones de la flauta y el tambor rítmico militar y escucha o sospecha el trajín con los bancos y sillas arrastradas hacia los costados del patio en cuyo centro el gallo blanco ya ha sido apresado en el hoyo y allí permanece con su cresta roja quieto, sujeto, observando con sus ojos fríos de estúpida objetividad. Los danzantes se preparan varilla en mano, sus ojos enceguecidos con un pañuelo negro y el sonido del cuerno comienza, orientando a la danzante de turno, posándose casi sobre la cabeza del gallo apresado y, alternativamente, en sentido contrario yendo y viniendo. Mientras la mujer, bañada en sudor, transfigurada y sostenida por las comadronas da de alaridos y voces por momentos tapados o desvirtuados por el sonar del cuerno. Los días eran muy breves y aquella tarde era más bien noche, pero tibia cuando nueve meses atrás regresaba desde el río hacia la casa. Su caballo, desocupado, había marchado al trote adelantándose.

Las que danzan con la varilla en la mano para asestar el golpe sobre el gallo apresado en la tierra son niñas y esgrimen la vara amenazante y loca con la cual golpearán sobre el gallo que observa lo que no comprende con sus ojos de pájaro. La música de la flauta y el tambor ha cesado. Sólo vibra el cuerno. San Roque en su casa de madera ha sido puesto a la sombra en un rincón del patio, antes de ser depositado en la capilla en donde ella, antes, observaba sus ojos vivos, su barba negra y vuelve a ver ahora sus cabellos debajo del sombrero aldeano, su rostro, su cuerpo, ahora vivo, levantándose la pelliza que lo cubría para enseñar la pierna herida pero semejante, ahora, a la de aquél desabrochándose el pantalón y luego un miembro duro y oscuro, el cielo como techo hasta la claridad del amanecer cuando despertó y creyó haber soñado y regresó a la casa a través de los campos sembrados.

Estos campos ahora repoblados pero sólo con maíces, hierbas silvestres, y aun dañinas, antes arrasados, cuando él mandó incendiar el tabacal. Después del extravío de los cueros, que él había tomado por mal agüero a pesar de la indemnización tardía y pingüe pero sólo en dinero, llegó un hombre del sur y visitó esos campos como otros y entonces dijo que todas esas antiguas plantaciones no tendrían porvenir. Don Antenor dijo que el porvenir le importa sólo a los mal nacidos. Pero el hombre del sur insistió y entonces fueron talados los frutales y viñedos y ya no se plantó maíz ni trigo y se colmaron las eras de tabaco con los primeros plantines que la compañía del hombre del sur distribuyó gratuitamente y ya ningún propietario plantó ni habló de otra cosa y la primera cosecha fue recogida por buena y desde allí siguieron plantando, hasta que el tercero o el cuarto año el mismo hombre del sur, inspeccionando las plantaciones comenzó a menear la cabeza observando con una lupa y con sus hábiles dedos debajo de las hojas del tabaco y dijo que éstas valían poco y que eran de segunda o de tercera clase y el precio venía a ser por la mitad o quizá menos. Era un tiempo caluroso e inmóvil, aun a la sombra de la galería de columnas rechonchas y ligeramente desiguales entre sí, que daba al poniente. El hombre del sur ahora, no como antes, mantuvo puesto su mismo sombrero de paja con no tan imperceptibles manchas ocres de sudor junto al ala. Inútil fue que el propietario alegase que aquel tabaco era el mismo y que valía igual o hasta más que el primero y dijo también que le estaba pareciendo desleal el trato porque el maíz, las viñas y el trigo y los citrus ya no estaban, sino únicamente el tabaco y un solo comprador y así era éste quien debía comprarlo y pagarlo como antes. El hombre del sur dijo:

–Es lamentable, don Antenor, yo sólo soy un mandado. La compañía dice que este tabaco es malo.

–¿Cómo, si no lo ha visto?

–Lo dice igual.

–La compañía, ¿quién es? No venderé nada a ese precio.

–Son de otro lado. Y no hay alternativa, don Antenor. Ni yo puedo hacer nada. Usted tiene que vendérnoslo o, digamos, quemarlo.

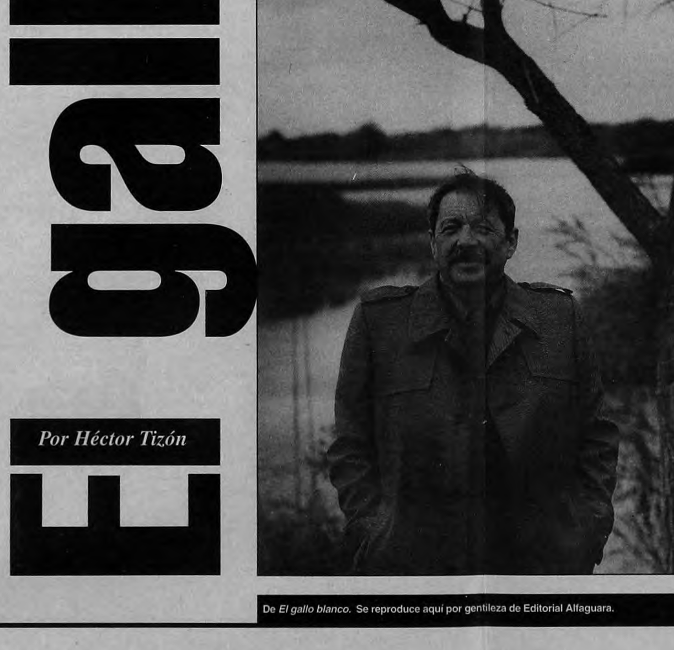
–Así es –dice entonces él–. Ahora váyase. Antes de que los perros lo despedacen –y el hombre del sur se fue porque había venido sólo a eso.

Al día siguiente más de veinte peones salieron a arrasar los campos donde al atardecer sólo quedaban pavesas humeantes, y un poco tiempo después murió y fue hallado descalzo con un gesto espantoso debajo del sombrero. No lejos hallaron el caballo detenido, como esperando.

El cuerno en el extremo de la caña suena otra vez, lúgubremente. La parturienta da un alarido. La niña de turno danza. El cuerno sigue sonando, la gente ríe y hay ya varios semiebrios cuando una de las niñas avanza con la vara amenazante, el son del cuerno trata de confundirla, el gallo sacude la cresta estúpidamente y grita cuando le asestan con la vara en la cabeza y se oye el vagido del recién nacido, que aparece enseguida cabeza abajo sostenido de los pies por una de las comadronas obesa y de piel oscura.

El gallo tiene la cabeza ensangrentada. La niña se quita la venda de los ojos, la gente aplaude y ríe cuando el cuerno calla. Después el gallo es desenterrado y degollado. La olla con agua hirviendo ya estaba pronta.

Dos o tres horas después todos devoran el gallo guisado, cuando la "niña" Tuna acaba de morir y ya el niño había abierto los ojos por primera vez, cuando alguien le pintó en la frente la señal de la cruz con un dedo mojado en la brillante sangre de un gallo. ■



De *El gallo blanco*. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Alfaguara.

el padre fuera encontrado muerto a golpes, sin sus botas.

Puesto que nadie nace aquí desde hace varios años, todos hemos conocido a todos los que aquí viven desde entonces. Don Antenor quizá no quería al mozo de mano ni podía deshacerse de él. Le entregaba la botella con estricnina para los zorros y él, ya un hombre, se cuidaba de tocarla con los dedos envolviéndola con un trozo de papel o con una hoja de morera o cualquier otra tan grande como su mano. El patrón lo veía salir con la botella asida camino de las supuestas madrigueras y sonreía pensando que alguna vez iba seguramente a descuidarse y entonces lo encontrarían rígido y seco como un palo. Don Antenor lo veía partir, igual que veía partir a los arrenderos y peones al amanecer hacia los campos, los mismos, aunque no los mismos hombres sino sus hijos y aun sus nietos, de aquellos a quienes se repartía en un comienzo a razón de dos sementeras de maíz por cabeza de familia y también un par de novillos de la hacienda aunque sólo por tres años, con cargo de amansamiento, dádivas forzosas o simplemente ancestrales para hacer que esa gente huyera de los vicios y del mal vivir. En realidad don Antenor no hallaba en su memoria otras diferencias entre él y su padre y su abuelo salvo tal vez que él estaba más rico y menos feliz o no feliz aunque en realidad nunca supo si los otros lo fueron.

Así era. Sólo una vez el mozo fue azotado. Cuando unos chivos diezmaron las hortensias del callejón, caía el látigo una y otra vez, él lo miraba sin protegerse apenas de pie hasta que estuvo en el suelo y desde allí siguió mirándolo aunque sangraba por debajo de la camisa de un color percudido por el sudor y los solazos. Fue la única vez. Al día siguiente amanecieron tres de los chivos destrozados en el fondo del precipicio.

Ella está por parir, encomendada a la imagen de la virgen pintada en colores decididos sobre una hoja de lata que cuelga de una pared del cuarto. Le han atado las manos con unos cordeles para evitar que con las uñas se lastime la cara y el vientre, semiinconsciente por este dolor asombroso. La habitación está oscurecida para ahuyentar las moscas. Por su memoria desfilan momentos, imágenes junto a voces aisladas, y el padre, siempre a contraluz, su perfil con el sombrero puesto cuando se reunían a la hora del almuerzo o de la cena en el comedor vacío y lúgubre y él repetía aquellas palabras, ahora, en estos dolores una y otra vez. Sabe que el santo, en angarillas, está a punto de partir –o ya ha salido– a transitar por los campos vecinos a la casa y la gente por detrás, algunos descalzos para mejor sentir los terrones húmedos y tibios.

El padre que, sentado a la mesa, se quitaba el sombrero para dejarlo siempre en el suelo junto a su silla, diciendo: "¿Ya esta tierra para qué sirve? Lo que sale de esta tierra cada vez vale menos. Era mejor que te hubieras metido a monja. Fea y sin madre", dijo una vez. Y después: "Unos se van sin decir nada y otros vienen y no les entendemos. La sangre ya es como el agua".

"La tierra es suya, padre."

"¿De qué sirve? Son las ciudades las que prosperan. La tierra está llena de muertos y los muertos matan a los vivos."

"Papaíto, no reniegue y encomiéndese a Dios."

Su perfil contra el halo del quinqué era como el de un árbol. Fue la última vez que ella lo miró de ese modo. No había llegado jamás a conocerlo.

"Dios tiene preferencia por algunas cosas que ha hecho", dijo.

El abogado, su pariente, mucho tiempo después de ganar aquel pleito había muerto atropellado por un automóvil, al salir de un burdel. Tales son en provincia los destinos. Nunca habían sido demasiado amigos, pero a don Antenor se le dio por tener a ese accidente como una señal o como un augurio para el mundo y desde entonces se encerró en su casa y nunca más puso los pies en la ciudad. Despierto antes del alba –cuando también ella, tantas veces, despierta, al escuchar al amanecer el canto de los gallos había sentido no pena pero sí ganas de llorar sin saber por qué– salía por los campos a caballo y regresaba con el sol en la cabeza. Sus siestas eran largas y silenciosas inducidas por el vino y también los prolegómenos de sus noches, un vino oscuro y virulento macerado en sus propios toneles. Y el vino le traía consuelo, como si fuese un fugaz sustituto de la acción, como el fuego, recuerdo de los sueños que el hombre puede provocar. Jamás compró el automóvil, y mucho menos después de la muerte del abogado. Metió todo el dinero ganado en el pleito en una caja de metal que guardaba debajo de las tablas bajo su cama, sabiendo que estaba allí, como sabía que su alma estaba dentro de él sin usar y eso le bastaba. Y desde aquellos días su abulia y sus rígidos principios corriendo parejos aumentaban. Fue también cuando, en un ademán insólito, mandó hacer aquellas botas que recordaba haber visto en la estampa de un diario en la ciudad.

"La niña nunca había ido a la escuela. Su padre pensaba: "Las mujeres aprenden o saben de por sí lo que deben saber; no necesitan de libros ni de lápices. No he conocido jamás ninguna mujer decente que leyera libros"."

Tal vez nadie lo haya muerto. Quizá fue que se cayó del caballo y que la bestia se asustó y le dio de coces o que una piedra al fondo de la barranca le rompió el cráneo. De cualquier manera lo hallaron descalzo porque alguien se llevó aquellas botas, como la túnica de Cristo, y han de estar aún por aquí, tal vez ocultas, enterradas si es que no fueron quemadas, ya que nadie pudo haberlas usado sin que los demás lo supiéramos. Y de este modo a poco el recuerdo de esas botas casi desalojó al de su dueño.

La procesión ha regresado con el santo a cuestas y hombres y mujeres afuera, pasan erguidos o apenas encorvados debajo del tabernáculo en angarillas; ella escucha los sones de la flauta y el tambor rítmico militar y escucha o sospecha el trajín con los bancos y sillas arrastradas hacia los costados del patio en cuyo centro el gallo blanco ya ha sido apresado en el hoyo y allí permanece con su cresta roja quieto, sujeto, observando con sus ojos fríos de estúpida objetividad. Los danzantes se preparan varilla en mano, sus ojos enceguecidos con un pañuelo negro y el sonido del cuerno comienza, orientando a la danzante de turno, posándose casi sobre la cabeza del gallo apresado y, alternativamente, en sentido contrario yendo y viniendo. Mientras la mujer, bañada en sudor, transfigurada y sostenida por las comadronas da de alaridos y voces por momentos tapados o desvirtuados por el sonar del cuerno. Los días eran muy breves y aquella tarde era más bien noche, pero tibia cuando nueve meses atrás regresaba desde el río hacia la casa. Su caballo, desocupado, había marchado al trote adelantándose.

Las que danzan con la varilla en la mano para asestar el golpe sobre el gallo apresado en la tierra son niñas y esgrimen la vara amenazante y loca con la cual golpearán sobre el gallo que observa lo que no comprende con sus ojos de pájaro. La música de la flauta y el tambor ha cesado. Sólo vibra el cuerno. San Roque en su casa de madera ha sido puesto a la sombra en un rincón del patio, antes de ser depositado en la capilla en donde ella, antes, observaba sus ojos vivos, su barba negra y vuelve a ver ahora sus cabellos debajo del sombrero aldeano, su rostro, su cuerpo, ahora vivo, levantándose la pelliza que lo cubría para enseñar la pierna herida pero semejante, ahora, a la de aquél desabrochándose el pantalón y luego un miembro duro y oscuro, el cielo como techo hasta la claridad del amanecer cuando despertó y creyó haber soñado y regresó a la casa a través de los campos sembrados.

Estos campos ahora repoblados pero sólo con maíces, hierbas silvestres, y aun dañinas, antes arrasados, cuando él mandó incendiar el tabacal. Después del extravío de los cueros, que él había tomado por mal agüero a pesar de la indemnización tardía y pingüe pero sólo en dinero, llegó un hombre del sur y visitó esos campos como otros y entonces dijo que todas esas antiguas plantaciones no tendrían porvenir. Don Antenor dijo que el porvenir le importa sólo a los mal nacidos. Pero el hombre del sur insistió y entonces fueron talados los frutales y viñedos y ya no se plantó maíz ni trigo y se colmaron las eras de tabaco con los primeros plantines que la compañía del hombre del sur distribuyó gratuitamente y ya ningún propietario plantó ni habló de otra cosa y la primera cosecha fue recogida por buena y desde allí siguieron plantando, hasta que el tercero o el cuarto año el mismo hombre del sur, inspeccionando las plantaciones comenzó a menear la cabeza observando con una lupa y con sus hábiles dedos debajo de las hojas del tabaco y dijo que éstas valían poco y que eran de segunda o de tercera clase y el precio venía a ser por la mitad o quizá menos. Era un tiempo caluroso e inmóvil, aun a la sombra de la galería de columnas rechonchas y ligeramente desiguales entre sí, que daba al poniente. El hombre del sur ahora, no como antes, mantuvo puesto su mismo sombrero de paja con no tan imperceptibles manchas ocres de sudor junto al ala. Inútil fue que el propietario alegase que aquel tabaco era el mismo y que valía igual o hasta más que el primero y dijo también que le estaba pareciendo desleal el trato porque el maíz, las viñas y el trigo y los citrus ya no estaban, sino únicamente el tabaco y un solo comprador y así era éste quien debía comprarlo y pagarlo como antes. El hombre del sur dijo:

–Es lamentable, don Antenor, yo sólo soy un mandado. La compañía dice que este tabaco es malo.

–¿Cómo, si no lo ha visto?

–Lo dice igual.

–La compañía, ¿quién es? No venderé nada a ese precio.

–Son de otro lado. Y no hay alternativa, don Antenor. Ni yo puedo hacer nada. Usted tiene que vendérnoslo o, digamos, quemarlo.

–Así es –dice entonces él–. Ahora váyase. Antes de que los perros lo despedacen –y el hombre del sur se fue porque había venido sólo a eso.

Al día siguiente más de veinte peones salieron a arrasar los campos donde al atardecer sólo quedaban pavesas humeantes, y un poco tiempo después murió y fue hallado descalzo con un gesto espantoso debajo del sombrero. No lejos hallaron el caballo detenido, como esperando.

El cuerno en el extremo de la caña suena otra vez, lúgubremente. La parturienta da un alarido. La niña de turno danza. El cuerno sigue sonando, la gente ríe y hay ya varios semiebrios cuando una de las niñas avanza con la vara amenazante, el son del cuerno trata de confundirla, el gallo sacude la cresta estúpidamente y grita cuando le asestan con la vara en la cabeza y se oye el vagido del recién nacido, que aparece enseguida cabeza abajo sostenido de los pies por una de las comadronas obesa y de piel oscura.

El gallo tiene la cabeza ensangrentada. La niña se quita la venda de los ojos, la gente aplaude y ríe cuando el cuerno calla. Después el gallo es desenterrado y degollado. La olla con agua hirviendo ya estaba pronta.

Dos o tres horas después todos devoran el gallo guisado, cuando la "niña" Tuna acaba de morir y ya el niño había abierto los ojos por primera vez, cuando alguien le pintó en la frente la señal de la cruz con un dedo mojado en la brillante sangre de un gallo. ■

CO



...leza de Editorial Alfaguara.



PARQUES TEMATICOS

AQUASOL PARQUE ACUATICO
Aquasol cuenta con 18 piscinas, una de ellas gigante y con olas, 14 toboganes acuáticos con efectos especiales, diversas áreas de recreación y entretenimientos para chicos y grandes, centros comerciales y gastronómicos, sectores de pic-nic y fogones. Ruta 2, Km. 386. Tel.: 600119. Oficina Centro: 11 de Setiembre y San Luis. Tel.: 93-0056.
Diariamente - 11 a 19 hs.
Cómo llegar a Aquasol:
Traslado gratuito ida y vuelta: Expreso Aquasol desde la estación de Ferrocarril de Mar del Plata. Salida de 11 a 13 hs. (condicional). Traslado gratuito de ida: micros y combis desde Plaza Colón, Centro de Información Turística: Av. Colón y Arenales; Centro de Información Turística: Diagonal Pueyrredón e Hipólito Yrigoyen; Perla-Centro: Mitre y 9 de Julio - Plaza España. Salida de 11 a 13 hs. Omnibus urbano: 542. Tarifa Aquasol: $ 12 Mayores. $ 10. Menores de 4 a 11 años y jubilados. 1/2 jornada a partir de las 16 hs. $ 8 Mayores. $ 6 Menores de 4 a 11 años y jubilados.
La entrada incluye acceso libre y sin límites a todos los juegos, piletas, solarium, espacio de relax y vestuarios.

MAR DEL PLATA AQUARIUM
Es el oceanario y complejo de atracciones más moderno de América del Sur. Usted podrá disfrutar del show de delfines, comedia de lobos marinos, show de ski acuático, cine tridimensional, conocer un acuario de peces único en Latinoamérica, tortugario, hábitats de pingüinos, bahía de lobos y elefantes marinos y una laguna pampeana con flamencos, pileta de rayas, Museo de la Fundación Mar del Plata, Plaza del Mirador, Plaza de Mar, guardería del Bosque Encantado, Plaza de la Cúpula, Fundación Mar del Plata Aquarium, buceo de bautismo con peces, nado con delfines, patio de comidas y balneario exclusivo.
Paseo Costanero Sur, Pte. Illia 5600, junto al Faro de Punta Mogotes. Tel.: 67-0700/04.
Diariamente - 10 a 22.30 hs. Boletería cierra 21 hs. Ingresando entre las 19.30 y 21 hs. la entrada es válida para dos días. Omnibus: 511 - 717 - 581 - 221. Entrada general: $ 16 Mayores. $ 13 Menores de 2 a 10 años. Traslado gratuito - Av. Colón y Arenales.

PRESERVANDO LA RESERVA

La Reserva Natural del Puerto de Mar del Plata se convirtió en esta temporada en uno de los lugares más visitados por los turistas. Pero no todos tuvieron el privilegio de conocer el lugar. Por eso, el intendente Elio Aprile, acompañado por los responsables de la Subsecretaría de Medio Ambiente y otros funcionarios comunales, decidieron pasar por allí el domingo 15 a las 11 para ver las tareas de limpieza y mantenimiento que se efectúan para dejar en condiciones la Reserva. Aprile afirmó que "hemos asumido la responsabilidad de mantener una política de medio ambiente sostenida, planificada e integral. Por eso no dudaremos en llevar adelante las acciones que correspondan para el funcionamiento a pleno" de la Reserva.

JUEGOS Y JUGUETES CLUB DE PLAYA
Una combinación ideal de sol, playa y diversión. El Club de Playa. Mini Club - El Castillo - El Galeón - Básquet Bounce - Circuito - Bunge Run - Gladiator Game - Water Wars - Fútbol Acuático - Escenario de Aerobics. Balneario Nº 14 - Complejo Punta Mogotes.
Diariamente - 12 a 18 hs. Días de lluvia cerrado. Entrada: $ 5 - Acceso ilimitado a juegos.

LA KERMESSE
Todos juegan todos ganan. Hay más de veinte stands para competir y ganar importantes premios, con sólo $ 1. La Kermesse cuenta con el único juego interactivo de Mar del Plata, el Laser Star. Los juegos: Baby World - Pelotero - Circuito - Laberinto Gigante - Orbotrones. Av. Juan B. Justo 600.
Diariamente - 18 a 24 hs. Días de lluvia desde las 13 hs.

MINIZOOLOGICO EL PARAISO
Intenta reproducir el hábitat natural de más de cien familias de animales autóctonos, exóticos y de granja, en medio de un jardín botánico formado con 160 variedades arbóreas, en un predio de 7 Ha, que se recorre con la compañía de guías especializados. El emprendimiento cuenta con zona de recreación, confitería y restaurante de comidas rápidas. Ruta 226, Km. 16. Sierra de los Padres. Tel.: 63-0347. A 1800 mts. de la ruta, sobre el camino de acceso a la Sierra.
Diariamente - 9 a 19 hs. Entrada: $ 4 - Jubilados $ 3. Menores de 5 años gratis. Omnibus urbano: 717 Sierra de los Padres.

EXCURSIONES MARITIMAS

ANAMORA YATE FIESTA
Es una embarcación que realiza excursiones por la costa marplatense. Tiene capacidad para 300 personas, instaladas cómodamente en sus tres cubiertas: Superior, solarium con asientos y bar tropical; Intermedia, con mesas y sillones e Inferior, con Open Bar, pista de baile y toilettes. Posee un sistema de audio, por donde se describen las atracciones que se aprecian, con una suave música funcional. Salida: Puerto Dársena "B" Muelle de Guardacostas. Navegando por el muelle de ultramar, astillero, clubes náuticos, isla de los lobos marinos, base naval, Escollera Norte, dependiendo de las condiciones mareológicas salida a mar abierto recorriendo Playa Grande, Playa Chica, Cabo Corrientes, Playa Varese, Torreón del Monje, Casino, regreso al interior del puerto, muelle de inflamables, reserva de lobos marinos, banquina de pescadores y Dársena "B".
Diariamente - 9.30, 11.30, 14, 16, 18 y 20 hs. / 9.30 y 20 hs. salidas condicionales para grupos. Tarifa: $ 10 Mayores. $ 7 Menores de 10 años. Omnibus urbanos: 511 - 552 - 553 - 562 - 593. Servicio de micro propio desde Plaza Colón. Salidas especiales: el barco se alquila para fiestas privadas, presentación de productos y/o cualquier otra actividad diurna o nocturna. Informes y reservas: 89-0310/7208 84-2744/0103.

CRUCEROS Y YATES
En los cruceros Ciudad de Mar del Plata y Leonardo Da Vinci y en los yates Fortuna, Fortuna II, Victoria, Anabela, Ciudad de Nápoles. Zarpa desde banquina de pescadores.
Diariamente - 10.30 a 17 hs. Cada 40 minutos. Programas condicionados al estado del mar: 60 minutos: hasta el Casino y Playa Bristol. Mayores $ 8. Menores $ 4. 40 minutos: hasta Cabo Corrientes. Mayores $ 7. Menores $ 3,50. 30 minutos: interior del puerto. Mayores $ 6. Menores $ 3. Tel.: 891612/80-0080/80-2041/80-2095. Omnibus urbano: 511- 552 - 553 - 562 - 593.

PESCA DEPORTIVA EMBARCADA
Zarpa desde banquina de pescadores, a continuación de las lanchas amarillas.
Martes, viernes y domingo: 7 hs. Regreso a partir de las 13 hs. Tarifas (incluye carnada) $ 50 por persona, lateral. $ 65 por persona, a popa. Alquiler de caña $ 15.

GRANJAS EDUCATIVAS Y RECREATIVAS

VILLA LA PILARICA
Granja educativa, ecológica y recreativa. El visitante podrá ordeñar vacas, alimentar aves y animales, ver colmenas y sala de extracción de miel, energías alternativas, amasar y hornear el pan, recorrer huerta, invernadero y lumbricario, sala de separación de basura y reciclar papel. Restaurante, confitería, visita guiada a la granja, deportes, pileta de natación, paseos a caballo, burrito y sulky. Av. Antártida Argentina Km 12,5 (continuación Av. Independencia, camino viejo a Miramar).
Diariamente: 10.30 a 19 hs. Entrada: libre y gratuita. Omnibus urbano: 594. La granja posee un servicio de combis para el traslado. Salidas de stand de la Cámara de la Recreación, Diagonal Pueyrredón e Hipólito Yrigoyen y Av. Colón y Arenales. Reservas e informes: 69-5115/93-3665.

LA PIEDRA
Complejo agroturístico de educación ambiental. El visitante puede informarse sobre: energías alternativas, cría de animales de corral, ovejas, cabras y elaboración de quesos. Restaurante y casa de té. Ruta 88 Km. 12. Canteras de Chapadmalal. Informes: Tel.: 64-2546. Omnibus urbano: 715 y 720.

PASEOS AEREOS

AEROCLUB MAR DEL PLATA
Ruta 88 Km. 9,5. Omnibus: 715 - 720. Tel.: 64-2151. Cessna 172: $ 42 (3 personas) (14 por persona). A partir 13 hs. hasta la caída del sol cada 20 minutos. PA-11: $ 23 (1 persona, 20 minutos). PA-38: $ 30 (1 persona, 20 minutos). Fines de febrero hasta 19 hs. (última quincena).

R.A.S.
Aeropuerto, Ruta 2, Km. 386. Horarios a convenir telefónicamente; tel.: 51-5117/066-240097. Piper Azteca: avión bimotor, capacidad máxima 5 pasajeros. Cessna 152: avión monomotor, capacidad 1 pasajero. Hora de vuelo $ 99. Vuelo de bautismo: 10 a 15 minutos $ 29 por persona. Circuito I: ciudad, costa marplatense desde el Faro Punta Mogotes hasta Parque Camet, de 20 a 25 minutos $ 39 por persona. Se vuela en Piper Azteca. Circuito II: Sierra de los Padres, costa marplatense y playas del sur, 30 a 35 minutos $ 49 por persona. Se vuela en Piper Azteca. Servicio de transfer al aeropuerto.

RECREACION

TRANVIA ELECTRICO DE MAR DEL PLATA
A beneficio Casas del Niño de la Municipalidad. A través de un recorrido costero, este tranvía de 1906, traído de Portugal, propone un viaje en dos direcciones a través del tiempo para recordar los veranos desde 1921 al 55. Río Negro y Félix U. Camet, al costado del Instituto Unzué.
Diariamente: 10 a 12.30 y 14.30 a 19.30 hs. Entrada: $ 1.

ALQUILER DE CUATRICICLOS, MOTOS Y BICICLETAS
Av. Martínez de Hoz 5500, entre Calle 1 y Diagonal Norte.
Sábados, domingos y feriados. Alquileres: cuatriciclo y/o moto $ 20 media hora. $ 35 la hora. Bicicleta $ 6 la hora.

ALQUILER DE BICICLETAS
Plaza Mitre. Alquiler por una hora: simple $ 4, gemelas $ 8, tándem por dos $ 8, tándem por 3 $ 12, bicicletas grandes $ 4.
Diariamente: 10 a 19 hs.

ALQUILER DE BICICLETAS Y ROLLERS
Playa Chica, Bv. Marítimo y Rawson. Tel.: 86-3222/ 066-213853. Bicicletas por hora $ 6 - 1/2 día $ 15. Mountain Bike 18 Vel. Shimano. Roller por hora $ 3 y $ 6 - 1/2 día $ 10 y $ 5.

ALQUILER DE CABALLOS Y PONIES
Av. Edison y Av. Mario Bravo. Omnibus 526. Parque Camet, Ruta 11, Km. 7. Omnibus 221 - 581 - 541.
Fines de semana (con buen tiempo) a partir de las 10 hs. Tarifa: $ 10 por hora.

TREN TURISTICO Y CULTURAL A COMANDANTE NICANOR OTAMENDI
Estación de Ferrocarril, Av. Luro e Italia. Pasajes de ida y vuelta con almuerzo incluido $ 12,50 s/bebidas. Informes y venta de pasajes: Belgrano 3360. Salidas: **Domingos** 10.30 hs., regresando 18 hs.

UN INTENDENTE EN LA APDH

El titular del Ejecutivo municipal marplatense, Elio Aprile, pasará a integrar el Consejo de Presidencia de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, cuya delegación en esa ciudad quedará inaugurada este viernes 20 de febrero a las 11 y que funcionará en la Biblioteca Depositaria de las Naciones Unidas, ubicada en Olavarría y Gascón. "Este espacio fue cedido por la Municipalidad de General Pueyrredón y el intendente será el primero en el país que pase a formar parte del Consejo de Presidencia de la APDH", explicó el presidente de la entidad en Mar del Plata, Luis Caro. Al acto además concurrirán integrantes de la organización defensora de los derechos humanos, a nivel local y nacional, y será invitado de honor el escritor Ernesto Sabato.